

## **PRESENTACIÓN DEL LIBRO DE HOMENAJE A LUIS JAIME CISNEROS**

Jorge Luis Borges solía decir que en la vida de todo hombre es posible encontrar una imagen, una característica, una actitud que, entre la multitud de aristas que configuran su carácter, resulta siendo la cifra de toda su existencia. Me aventuro a conjeturar que, en el caso de Luis Jaime Cisneros, ese sello distintivo adquiere la forma de una permanente y renovada fascinación por la palabra. Y cuando digo "palabra" no me refiero a una mera abstracción formal e impersonal, sino a ese espléndido instrumento que es símbolo vivo y activo de la creatividad humana.

Esa fascinación por la palabra no sólo la ha cultivado Cisneros en los fecundos y variados cauces de su trayectoria personal; la ha sabido proyectar además, con gesto noble y generoso, en quienes hemos tenido la suerte de haber sido sus discípulos o de compartir con él la docencia universitaria.

Inspirado por el ejemplo de Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña o Roberto Guisti —maestros que lo formaron y a los cuales él siempre recuerda con cariño—, Luis Jaime no sólo ha sido fuente de ideas y

conocimientos, sino que ha dejado honda huella en varias generaciones de estudiantes a través del contacto cotidiano y amical, de la reflexión luminosa nacida de la conversación, de su conspicuo sentido de humor y, desde luego, del consejo oportuno y sabiamente entregado. Todo ello ha hecho que, dentro y fuera del aula, convocándonos en el terreno intelectual, pero también en el de la sensibilidad y los afectos, veamos en él a un verdadero maestro. Y es con este ejemplo que nos ha enseñado que el mero dictado de clases o el cumplimiento de los cronogramas de las asignaturas no son capaces de hacer justicia al significado cabal del magisterio. Como Luis Jaime lo demuestra a diario en sus palabras y en sus obras, los trabajos del maestro van mucho más allá y aspiran finalmente a la realización plena del ser humano en lo mucho que éste posee de valioso, único y perdurable.

Esa pasión suya por la palabra que hemos anotado como marca esencial de su vocación es igualmente visible en sus preocupaciones de investigador. Ya sea en sus funciones de académico, o a través de sus rigurosos estudios, Luis Jaime ha mostrado siempre un interés singular no sólo por develar los misterios y las sutiles peculiaridades de nuestro idioma, sino también por mantenerlo en alto a través del ejercicio de una prosa bella y clara como es la suya.

Ese mismo amor por las virtudes idiomáticas y las audacias de la prosodia se trasunta en sus dotes extraordinarias como recitador. Escucharlo leer un discurso suyo o recitar un poema del Siglo de Oro

español es una experiencia difícil de olvidar. Porque, al igual que los miembros de una tribu ante la intervención del patriarca mayor, cuando escuchamos ésa su voz trémula y cascada —interrumpida a cada tanto por un puntual carraspeo— sentimos que los vocablos recuperan su sabor originario, ese fuego creador que hace que el mundo pueda volver a ser descubierto y que las cosas parezcan ser nombradas por vez primera. La lectura, así, se convierte en un "saber" que no sólo consiste en aprehender el sentido de un texto, sino también en paladear un fruto sustancioso y en sazón.

Todas estas cualidades que menciono las ha desplegado Luis Jaime de modo inconfundible en las aulas de nuestra Universidad, la Universidad Católica. No sería posible por ello concebir una imagen justa de él divorciándolo de los afanes docentes. Y sin embargo, sería no menos injusto olvidar que su voz se ha hecho escuchar más allá de los ámbitos académicos. Pues él, en una permanente actitud crítica fundada en su confianza en el poder de la palabra como constructora de relaciones civilizadas, ha sabido actuar como ciudadano e intervenir en momentos cruciales de nuestra vida nacional. Ello porque entiende que el lenguaje, al ser un vínculo social, entraña una serie de posibilidades cívicas que apelando a nuestra conciencia moral reclaman su urgente actualización. Así, cuando la violencia terrorista alcanzó sus cotas más altas, señaló firmemente que la subversión se servía del lenguaje como arma de

conquista ideológica entre los más jóvenes y propuso, con la misma convicción, que era tarea prioritaria de las universidades devolverle a aquél su calidad de instrumento de cohesión e integración nacional. A ello hay que agregar el papel fundamental que le tocó jugar en la creación y organización de *Transparencia*, ese grupo de personas —jóvenes en su mayoría— que se planteó fortalecer, a través de la observación de los procesos electorales y el cultivo de la conciencia ciudadana, la institucionalidad de nuestra aún endeble democracia.

Son varios, pues, los campos en los que el magisterio de Luis Jaime ha sabido restituirle a la palabra su valor esencial. Al reunirnos hoy para presentar formalmente un libro que, a modo de homenaje, congrega trabajos de sus principales discípulos, asistimos a la cosecha de lo que él ha ido sembrando a lo largo de todos estos años. Señalar un camino, formar una escuela, son rasgos de un destino que él de algún modo ya se había prefigurado y por eso me permito recordar ahora sus propias palabras: *Sin mis alumnos, que de alguna manera son repetición en el tiempo de los que fueron mis maestros, nada se hubiera concretado. Lo único que hace provechosa la enseñanza de un profesor es el entusiasmo, la inteligencia, la voluntad cierta de superación que aportan los alumnos. Ellos constituyen la hermosa materia que la Providencia nos entrega para que al ayudarlos a realizarse podamos realizarnos nosotros mismos, a despecho del barro del que estamos hechos.*

Así pues, la generosidad de un maestro auténtico como Luis Jaime Cisneros quiere depositar menos en él mismo que en sus discípulos las claras virtudes que se desenvuelven en la cotidiana experiencia de la enseñanza. Hoy algunos de sus destacados alumnos devuelven ese desprendimiento ofreciéndole uno de los mejores regalos que puede recibir un maestro, como es la obra ya madura y consistente de sus discípulos.

Estimado doctor Luis Jaime Cisneros:

En este año jubilar, nada más justo que a través de este libro nuestra Universidad rinda homenaje a quien como usted encarna de modo ejemplar su espíritu y su tradición. Deseo, pues, como rector de la comunidad, extenderle en nombre de ella su cariñoso saludo por estos cincuenta y cuatro años de siempre vigorosa dedicación.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

1/7/2002